

TEATRO

EL PIANISTA VIRTUOSO

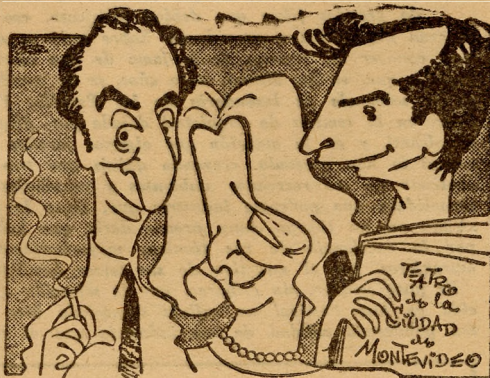
DENTRO de la libre importación que rige al efecto, la oferta y demanda local ha preferido una y otra vez las piezas británicas. Cierta destreza, la habilidad de no pedir demasiado al intelecto o a la capacidad de comprometerse, hacen que ese teatro lleve una nítida superioridad comercial ante el francés. Cuando, como en el caso de Ejercicio para cinco dedos, (*) el todo se presenta bajo capa de "problemática moderna", y cosquillea un poco la responsabilidad de los padres frente a los hijos y viceversa, la satisfacción del público no puede ser mayor.

Confieso que es también la mía, y que con todas las artimañas que ejercita Peter Shaffer su inteligencia deja un saldo positivo en la armazón. Alguien de esta casa dice que la obra parece hecha "en una reunión de directorio", con Temas distribuidos sin riesgo de improvisación genial. Quizá sea cierto, aunque lo es más del actual teatro norteamericano, pero Shaffer lleva la ventaja, nada despreciable, de más años de civilización, de una discreción nacional más cotizada y cultivada. Ejercicio para cinco dedos sobrelleva el cálculo en sus menores efectos. La posguerra y la vanguardia han resbalado por encima de Shaffer, que monta escena sobre escena, como los viejos practicones de la pièce bien faite, para que a ningún actor le falte lucimiento. Ese preceptor alemán que convive con la familia que lo emplea no tarda en enfrentarse a un cuarteto ortogonal: madre absorbente y frustrada, hijo incomprendido y angustiado, padre obtuso que no entiende, niña alegre y sana. Funcionará como un catalizador; y dentro de una unidad de tiempo casi nítida, todos (menos la niña) lo usarán para sus fines y lo harán víctima inocente de sus problemas.

Es el escenario clásico de la comedia de salón, las situaciones clásicas: el jardín entre cajas, el apartamento del mundo, la prisión familiar, el llamado a la tolerancia y a la comprensión mutua, el conflicto generacional. Sin embargo Shaffer vale más que su propia convención. Aunque no deja de ser alarmante que su primera obra ya se encarrile tan bien en las exigencias del West End, esas exigencias están contempladas sin impudor, con una dosis de ironía, y real percepción de lo que es la conducta humana. No es fácil disculpar la presentación del alemán como fugitivo de los nazis, ni la artificiosidad del lineamiento de caracteres. En cambio Shaffer se ha volcado en el personaje del muchacho, y a fuerza de identificarse con él hace que su desolación sea palpable; esa cuota de verdad se proyecta hacia los padres en su relación con él, y no faltarán testigos de que el problema es cierto.

Nadie se va a acordar de esta obra dentro de unos años. Pero el presente puede usarla bien, sobre todo si el equilibrio intentado por Shaffer (comercialismo, "honestidad") calza en el equilibrio que deberá estar proponiéndose la nueva compañía Guarnero-Zorrilla-Larreta. Como prueba de fuerza y cauteloso tanteo, la elección no podía estar mejor hecha, con napeles a medida para cada actor y una inocuidad de superficie brillante.

La revelación que depara ese elenco es un Juan Jones madurado y enriquecido en recursos luego de su viaje; más que un galán suave, prueba ahora ser un actor joven de registro



El rubro: Guarnero, Zorrilla, Larreta

suficiente para cualquier papel de oficio. Con Graciela Gelós, vuelve realmente divertidas las escenas de jugueteo; la actriz obra con una espontaneidad y una frescura inobjetable. Enrique Guarnero hace poco más que entrar y salir hasta que el astuto Shaffer le pone cerca del final una perorata de la que sale con su conocida, electrizante intensidad. No creo, en cambio, que la interpretación de Concepción Zorrilla esté muy cerca de lo que pensó Shaffer. Esta mujer, siempre alerta a sus posibilidades de chantaje emocional, y estimulada por la fantasía del flirt, no puede estar tan apagada; su frustración todavía no la ha vencido. Zorrilla da la impresión de medirse para que el público no se ría a destiempo; en todo caso, su poco nervio, que en la escena de la confesión llega hasta el recitado, apaga el tono de la pieza, ralentada peligrosamente en el segundo cuadro por descuido del director. Antonio Larreta hace un preceptor lleno de tics apropiados, pero menos sereno de lo que indicaría la madurez del personaje. Quizá haya sentido que Herr Kröger era lo más frío y didáctico de la obra, y quiso vitalizarlo.

Como director, controla con pericia todos los parpadeos del clima. Algunos personajes llevan sobreimpuesto su análisis, casi siempre acertado; sería más sutil y eficaz, empero, que los actores se hubieran mantenido más dentro de la dureza y el understatement, evitando que el público se diera cuenta antes de tiempo de la verdadera relación que los une. Por ejemplo, la premonición de erotismo hacia el alemán desvanece la sorpresa reveladora cuando ésta tiene que llegar. Muestra el sello Larreta la prolijidad con que fue ambientada la obra por Alicia Behrens, sobre útil escenografía de Adolfo Halty. Uno tiende a objetar más de la cuenta tratándose de este director, a olvidar la base de profesionalismo bien entendido y la constante seriedad de su labor. Objeciones aparte, hay que felicitar y felicitarlo a él de que una empresa como la suya haya salido adelante. Aunque en el futuro se podrá tener más exigencias, aquí no hay nada que disculpar.

M.T.

(*) Estreno del Odeón el viernes 21, por el Teatro de la Ciudad de Montevideo.